

Mientras duermes (Primer premio en la categoría
Thriller/Terror Premios UMGE 2018)



Capítulo 1

Salió del camión de reparto al trote, para refugiarse de la lluvia bajo el techo del almacén de carga de la carnicería. En los últimos días el tiempo lo había estado jodiendo a base de bien. Las cajas llegaban empapadas y los clientes se quejaban, él llegaba empapado y se quejaba en silencio. A nadie le importaba que uno de tantos repartidores acabase empapado. Eran gajes de oficio, o el no haber estudiado, a criterio de su padre. Fuese lo que fuese, estaba empapado hasta las entrañas. Aceptaba la vida que le había tocado vivir, a pesar de que otros no lo aceptaban.

—Buenos días jefe —dijo Maikel mientras se frotaba las manos e intentaba controlar los escalofríos.

—Hola Maikel —le respondió en tono serio, como siempre solía contestar a todos los empleados. Con él nunca se sabía si estaba enfadado o de buen humor—. Te recuerdo que tienes que recuperar un par de horas.

—Lo sé —dijo frente a un mostrador a la vez que rellenaba el albarán—. No se preocupe, voy a recuperarlas esta noche. Tengo mercancía en mal estado.

—Bien —miró hacia el aparcamiento. Ya casi no quedaban vehículos—. Echa el cierre cuando termines.

Salió corriendo en dirección a su coche. Maikel lo observó, refugiado de la lluvia que su jefe se estaba comiendo. Se le dibujó una sonrisa en la cara. Durante esos segundos sabía todo lo que los repartidores soportaban cuando llueve y toca repartir.

<<Ya no te ríes tanto ¿vedad?>>

Volvió al camión, pero esta vez armado con el chubasquero que esa misma mañana había olvidado junto a una montaña de papeles. Acercó el pesado vehículo al muelle, se bajó con rapidez y abrió la puerta. Cogió una carretilla. Iba silbando una canción de la radio. Prácticamente la había estado escuchando durante las horas de reparto. Era una canción que no escuchaba desde sus años de juventud. No más de cinco años, con dieciséis. Se metió en el camión y sacó una caja. Comenzaba a oler a podrido. Tendría que airear más tarde el camión.

Inició el camino por los oscuros pasillos del almacén. Comenzaba a conocer cada uno de los rincones del antiguo edificio. Al parecer fue utilizado para todo tipo de actividad. Polvorín, desguace, fábrica de telas... Ningún negocio duraba más de dos años. Hasta ahora. La carnicería llevaba allí desde hacía cuatro años y, seguiría mientras el alquiler no

subiese.

El dueño era tan agarrado que desconectaba todo lo que no fuese imprescindible para mantener el negocio a flote...el negocio, el barco, los cuatro coches y las dos casas. El guardia tenía que arreglárselas con una pequeña linterna para hacer la ronda. Bien podía dar las luces una vez el dueño desapareciese. Solo había un pequeño obstáculo por sortear y la puerta del cuarto de contadores se abriría, dos candados y una simple cerradura.

Siguió avanzando. Ya se conocía el camino a la perfección, eso, y la poca luz que manaba de los focos de emergencia, lo ayudó en el camino. Suerte que iban conectados a una batería. Se dio la vuelta y abrió la puerta de las instalaciones con la espalda, tenía que evitar rayar la puerta con la carretilla. Paseó por un estrecho pasillo de azulejos blancos. El traqueteo de las ruedas medio sueltas resonaba por todo el lugar.

La canción que salía en sus labios dejó de sonar cuando un fuerte ruido llamó su atención. Añadió otro más al soltar de golpe la carretilla. La caja se balanceó de un lado a otro. No se precipitó contra el suelo gracias a la cuerda que se había molestado en mal atar. Miró a ambos lados del pasillo con la mandíbula desencajada. Ese tipo de cosas solían causarle pavor. El ruido parecía venir de todas partes.

—Me daré prisa —no quiso darle más importancia. Si se la daba se tendría que ir sin terminar el trabajo—. He quedado a las doce —cogió la carretilla—. El edificio es viejo. Es normal que haga ruidos —siguió con la marcha—. Cualquiera que me vea hablar solo pensará que estoy majara.

Abandonó el pasillo de paredes cuadradas para meterse de lleno en un cruce de caminos de paredes hexagonales. En este caso sería un curse de pasillos, si es que eso existía. No estaba seguro del todo, y no se atrevía a preguntar por miedo a que lo trataran como a un tonto. Era nuevo en la empresa. Causar buena impresión era muy importante. Con ese era el tercer trabajo en dos meses. No lo perdería por nada del mundo, al menos hasta que saliese otra cosa mejor.

—Esto...tengo que ir antes a la oficina a dejar todo el papeleo— el sonido, o ruido, como queráis llamarlo, de miles de cristales romperse en mil pedazos, hizo temblar las paredes de azulejos—. Qué demonios habrá sido eso.

Parecía venir de algún remoto lugar del edificio. Lejos de donde estaba.

Ladeó la cabeza en dirección a la puerta con el letrero “sala de corte”. Debajo había otro cartel, indicado con un símbolo de precaución y una serie de normas a seguir una vez dentro, normas que seguía a raja tabla,

por eso de causar buena impresión.

Fue hasta la oficina. La puerta estaba abierta. Siempre lo estaba. Poco había de valor allí dentro. Montañas de papeles, archivadores más viejos que él, un ordenador con pantalla de tubo. ¿cómo podía seguir existiendo algo así? carpetas de colores...

Se giró con brusquedad al escuchar un silbido. Arrasó con todo lo que encontró en la esquina de la mesa. Se asustó cuando la taza que servía de lapicero, se estrelló contra el suelo para romperse en tres grande trozos. Todo quedo desparramado por la oficina.

Sacó el móvil y, con dedos temblorosos, encendió la linterna. Enfocó directamente hacia el pasillo. El reinado de la oscuridad se redujo unos centímetros. La luz se movía al son de los tembleques de la mano. Se impresionaba con facilidad con ese tipo de cosas. Y más aún después de conocer la historia del edificio.

—¿Hay alguien ahí?— soltó una carcajada para sus adentros.

—Hola— aquella voz sonó con eco.

—Eh... ¿Quién eres?

—Hola. Mi nombre es Sara.

—¿Dónde estás? —dio vueltas hasta comprender que no vería nada—. No se puede estar aquí.

—Yo trabajo aquí— la voz provino de la oficina—. Mi nombre es Sara.

Anduvo por la habitación en busca de la voz. Era imposible que alguien se ocultara. No media más de seis metros cuadrados. Miró bajo la mesa. Podía ser un buen escondite. Solo estaba ese.

—Deja que te vea— revisó con la mirada una de las estanterías.

—Hola. Mi nombre es Sara.

Sara. Fue de los primeros nombres que escuchó nada más entrar a trabajar. Al principio pensó que sería una broma de sus compañeros. Al nuevo siempre se le gastaban bromas. Las había sufrido e impartido en cada trabajo.

Aquella historia que leyó en los periódicos lo dejó helado. Sara había sido una de las trabajadoras más antiguas de la empresa. Empezó con su abuelo, continuó con su padre, y, se jubilaría con él. Después de tantos años de trabajo, ella y su marido, darían la vuelta al mundo en crucero.

Toda una vida ahorrando, repleta de sacrificios y dolor. Aquella sería la mejor etapa antes del final de la historia. Pero no todo en la vida va según lo planeado. A dos días de la jubilación, Sara murió congelada en una de las cámaras frigoríficas. Nadie podía creer lo sucedido.

Capítulo 2

Salió corriendo a toda prisa. De nada importaba ya el destrozo causado. El miedo se apoderó de su cuerpo.

Llegó hasta otra puerta. Miró el reloj. Ya había pasado casi media hora. Entró en la sala de corte. Era la única en todo el edificio con luz. Su jefe tuvo el detalle de dejarlo trabajar.

—¿Qué haces?

Maikel dio un salto del susto. Chocó contra la carretilla. La cuerda se soltó y la caja golpeó el suelo con violencia. El estruendo se pudo escuchar por en todo el almacén.

—Joder Samuel —se puso la mano contra el pecho. El corazón le iba a mil. Tenía que tener cuidado, si se le escapa de la caja torácica no lo encontraría entre tantos restos de carne—. Casi me da un infarto.

La luz de la linterna leegó los ojos igual que la luz del sol durante el atardecer.

—Tampoco es para tanto hombre —Samuel apartó la linterna—. ¿No le tendrás miedo a los fantasmas?

Dejó escapar una carcajada seca.

—Si. Si le tengo miedo a los fantasmas—se tranquilizó un poco, pero no lo suficiente. El corazón aun le iba a mil—. Es una cosa muy seria. Creo haber escuchado a Sara.

—Sara ¿estás ahí?—preguntó Samuel.

—No la llames— le dio un tirón de la chaqueta azul marino de vigilante. Tenía hasta una especie de placa. Le daba más...autoridad.

—Hola Samuel. ¿Qué tal tu día?

—Bien, como siempre—miró la cara de asombro de Mikel—. Sara es una inteligencia artificial que el dueño ha instalado hace poco.

Maikel no respondió. Estaba sin palabras.

—Ayuda con el tema de los pedidos las facturas y esas cosas— le dio un golpecito en el hombro—. ¿Seguro que estas bien?

Encontró las palabras.

—Si. Ayúdame anda, que esto pesa—se agachó para coger la pesada caja. Levantaron la caja entre los dos.

—¿Qué llevas ahí?— preguntó. La luz apuntaba directamente al enorme trozo de cartón.

—Llevo carne en mal estado que los clientes han devuelto— respondió Maikel.

—Me voy a la garita a descansar un rato —avanzó hasta la puerta—. La noche es muy larga y yo muy viejo.

Maikel le rio la gracia.

—A mí me queda poco —comenzó a desembalar la caja—. Me deshago de esto y me largo a una fiesta.

—Muy bien. Si tuviera veinte años menos dejaría este trabajo para ir contigo—soltó un suspiro—. Si te sobra algo de ternera dámelo para el perro.

—Vale —enchufó la trituradora, el ruido era horroroso. Se puso el delantal y cogió un pequeño hacha.

Samuel abandonó la sala.

Mikel quitó el precinto, rajó la caja y dejó que la pieza de carne cayera contra el suelo. Empezaba a oler muy mal. Subió el enorme trozo de carne a la mesa. No era una pieza muy pesada, unos cincuenta y tantos kilos. Por eso mismo lo había escogido de entre tantos.

—Bueno desconocido, a ver que llevas encima.

Le registro los bolsillos. Sacó un móvil, una cartera y un manojo de llaves.

—Que poco llevas encima desconocido —miró la cartera por encima. No había mucho, un par de billetes y dos carnet. Dejo el resto en un cubo metálico—. No importa. Mejor para mí. Menos trabajo.

Empezó a golpear con fuerza las extremidades. Los golpes no eran rival para el ruido de la trituradora. El guardia ni se daría cuenta. No le llevó mucho tiempo. Era fuerte y el hacha estaba bastante afilada. Metió en la trituradora las piernas y los brazos. Sangre, huesos y carne triturada salieron por el otro extremo. Cortó la cabeza en dos trozos que siguieron al resto del cuerpo. El torso le llevo diez minutos, mientras que a la

trituratora unos segundos.

—Pues ya está —lanzó el delantal ensangrentado contra el cajón de la trituradora—. Dejaré esto con el resto de los desperdicios —hizo un nudo a la bolsa y se la llevó con el resto de bolsas de desecho—. A por el siguiente.

Se agachó para anudarse las botas. Volvió a tararear la canción. Estaba contento. Hizo un buen trabajo. Con ese era la sexta persona que enviaba al contenedor de desperdicios, y todo gracias al azar. No tenía un criterio establecido a la hora de escoger una nueva víctima. Cualquiera servía, siempre que el momento fuese propicio.

Al levantarse empalideció. Volvió a reinar el silencio entre sus labios agrietados. El rostro que se reflejaba en el espejo no era el suyo, era el de una mujer de amoratada e hinchada, con el ceño fruncido.

Pum, pum, pum

El cabello lacio, casi recién salido de la peluquería, le colgaba hasta el vientre. Lo miró, con las cuencas de los ojos tan oscuras como un agujero negro.

Pum, pum, pum

Su corazón dejó de latir.

FIN



Todos los derechos reservados.